

Las elecciones en nuestra república

Una marcada postura electoral



Debate entre Keiko Fujimori y Pedro Castillo antes de la segunda vuelta electoral del 2021 (Chota, Perú)
Fuente: Hugo Pérez / @photo.gec

Carlos de la Puente

Profesor de Temas de Filosofía en el Programa de Estudios Generales de la Universidad de Lima

Las elecciones generales que se llevaron a cabo en el Perú en el 2021 estuvieron dominadas por el encono y por una virulencia verbal que opacó la discusión de programas de gobierno.

La violencia verbal no es, por supuesto, un hecho que solo ocurre en el Perú. En el 2020, en los Estados Unidos de América, se llevaron a

cabo elecciones presidenciales que se caracterizaron por la ferocidad en los discursos, pocos argumentos y hasta por actos vandálicos como la toma del Capitolio (el Congreso estadounidense) perpetrada por hordas civiles.

La elección que terminó con el triunfo de Joe Biden sobre Donald Trump alcanzó un grado

de ferocidad que los Estados Unidos habían visto pocas veces. En el Perú, en cambio, todas las elecciones del siglo XXI han tenido esa marca de rencor. La elección del bicentenario pareció la culminación de una tendencia que empezó no bien el país recuperó la democracia en el 2001.

La exagerada hostilidad verbal en una campaña electoral socava uno de los ideales que sostiene a la democracia, a saber, que en una elección los ciudadanos deben discutir, libremente y en igualdad de condiciones, cuál es el mejor programa de gobierno y quiénes deben ocupar los cargos públicos. En una sociedad bien ordenada, los políticos deberían ceñirse a este objetivo de una discusión de planes de gobierno basada en argumentos racionales. Pero cuando en los discursos de una campaña electoral predominan los ataques para descalificar al adversario, es difícil que se dé esta discusión racional y libre, que es la razón de ser de una democracia. Lamentablemente eso es lo que ha estado pasando en nuestro país.

Son varios los factores que pueden mencionarse para explicar por qué en el Perú las elecciones, y la discusión política en general, no son ocasiones para el intercambio de ideas y de programas de acción, pero hay uno que es particularmente insidioso: la desmesurada tendencia de los políticos peruanos a tratar de demostrar una superioridad moral. Lo vimos en la última campaña. La mayoría de cosas que dijeron los candidatos –de todas las tendencias– apuntaba a resaltar la putrefacción moral de los adversarios y, al mismo tiempo, a destacar la integridad propia.

Aunque es necesario ser gobernado por buenas personas, lo más importante en una elección política es que los ciudadanos comparen las políticas públicas propuestas, es decir, las acciones que los candidatos y sus partidos pondrían en marcha una vez en el poder. Por supuesto que la calidad moral de los candidatos es crucial. Sin gente decente en el poder no hay buen gobierno. Pero algo está mal en la cultura



Los peruanos hacen cola en las elecciones presidenciales y congresales del 11 de abril del 2021 (Lima, Perú).

Fuente: Shutterstock

política de un país si en una contienda democrática los competidores a un cargo público tienen como preocupación casi exclusiva la supuesta debilidad moral de sus contrincantes. Piénsese en el caso del presidente Donald Trump, un político que se caracteriza por discursos de campaña dedicados casi exclusivamente a emitir juicios morales negativos sobre sus adversarios.

En la *República* de Platón, Sócrates ha aceptado el desafío de un grupo de jóvenes atenienses para que defina la justicia. Dos de estos jóvenes, Glaucón y Adimanto, le dicen al filósofo que hay un uso perverso de los discursos sobre ética que es el que practican aquellos que se presentan ante el público como justos con la única finalidad de aumentar su prestigio y ocultar su vileza. Son aquellos que creen que, en cuestiones de moralidad, la apariencia es lo único que importa. Son los que dicen que, para ser feliz, un ser humano no debe preocuparse por la corrección de sus acciones, sino solo por proclamar a los cuatro vientos su virtud y con ese disfraz de corrección realizar todas sus fechorías. Glaucón y Adimanto le piden a Sócrates que demuestre que quienes hablan y actúan así están equivocados.

La hipocresía moral a la que aluden Glaucón y Adimanto está presente en la vida política en nuestro país. Para varios políticos peruanos, hablar sobre ética es un arma para la contienda, en vez de una preocupación genuina.

Dado que la discusión sobre la idoneidad ética de los candidatos, aunque imprescindible, no debe ser la única munición ni la más importante en una campaña política, ¿qué podemos hacer como sociedad para que nuestras elecciones no

Una probable solución sería que la fortaleza o debilidad ética de los que postulan a un cargo público sea abordada fundamentalmente por los medios de comunicación y no por los candidatos que disputan una elección.

sean una lid de ataques personales disfrazados de preocupación por la moralidad?

Una probable solución sería que la fortaleza o debilidad ética de los que postulan a un cargo público sea abordada fundamentalmente por los medios de comunicación y no por los candidatos que disputan una elección. Esto supondría que sean los periodistas los que se encarguen de investigar cuidadosamente la virtud de los candidatos y de exponer sus hallazgos a los ciudadanos. Por supuesto que es ingenuo pedir a los políticos que no usen el argumento de la superioridad moral. Eso seguirá siendo así. Pero si, como sociedad, conseguimos trasladar a una prensa imparcial la preocupación por la honestidad de los aspirantes a servidores públicos, habremos conseguido dos cosas: una elección donde se discutan fundamentalmente programas de gobierno y un interés menos fariseo por la moral. Y eso no es poca cosa.